

## MARIA TERESA DE BOLIVAR

Por RAFAEL L. FUENTES CARVALLO

### UN HOMBRE Y UNA MUJER

DOS PALABRAS SOBRE LA MONOGRAFÍA DE RAFAEL L. FUENTES CARVALLO

Una de las características más notables, simpáticas y fructíferas que es dado observar en los estudios bolivarianos durante las dos últimas décadas es la atención prestada al hombre Simón Bolívar, sin que esto signifique el olvido de sus condiciones de militar, de estadista, de pensador. Pues es obvio —y de tan obvio, a veces lo olvidamos, o no lo tenemos suficientemente en cuenta— que el Héroe, el Libertador, despliega las alas del genio a partir de la constitución sicosomática del ser humano. Simón Bolívar recibió el glorioso e imperecedero título de Libertador el 14 de octubre de 1813, cuando no habían transcurrido aún tres meses de su trigésimo cumpleaños. Vivió, pues, 30 años antes de ser el Libertador.

Esas tres primeras décadas de su existencia, y en especial el período 1783-1810, han empezado a ser estudiadas con mayor profundidad y rigor metodológico a través de un vasto acervo documental en los últimos tiempos. Entre quienes así lo han hecho y siguen haciéndolo está el Ingeniero Rafael L. Fuentes Carvallo, dotado de una mente educada en las disciplinas matemáticas, de un sentido de las realidades, propio del hombre de acción y de una universal y certera curiosidad que es el resorte primario de todo historiador. Dotado, también, de una constancia en el trabajo intelectual y de una amplia capacidad de asimilación de las lecturas que requiere esta actividad.

A él le debemos, entre otros trabajos, la más completa y auténtica biografía de María Teresa de Bolívar, la joven y tempranamente agostada esposa española de Simón. Aquella a quien él llamaba, en una carta de amor, “amable hechizo del alma mía”. Esta biografía del Ingeniero Fuentes fue publicada por primera vez, en una edición enriquecida con numerosas láminas, por el Banco Nacional de Ahorro y Préstamo, en 1982. Agotada desde hace mucho tiempo aquella edición, recoge ahora su texto (aunque no las ilustraciones, que aquí no cabrían) el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. De este modo, el estudio de Rafael Fuentes —mejorado por él en algunos detalles, y también ampliado— podrá llegar a las manos de numerosos lectores, quienes habrán de apreciar el valor histórico y humano de esta muy completa y novedosa síntesis.

Volvemos a lo humano. El hombre Simón Bolívar, decíamos al comienzo. Sí. Pero, ¿qué sería el hombre, sin la compañía de la mujer? Ahí está presente, como la sintió también presente Bolívar hasta sus días de Santa Marta, la novia madrileña, la esposa de Caracas y San Mateo, el amor tan pronto perdido: María Teresa de Bolívar.

MANUEL PÉREZ VILA

### UN VIAJE AL ENCUENTRO DEL DESTINO

La emocionante aventura de alejarnos de lo de siempre, de conocer parte importante del mundo que nos rodea e influye, para luego atesorar en los recuerdos y en los criterios, impresiones, incidentes y experiencias, siempre marcará el pensamiento de los seres humanos.

Pero si un hombre tiene 16 años, se ha desarrollado hasta entonces en un ámbito lejano de los centros que mueven su mundo, y lo realiza justamente para estudiar y completar su formación y, aunque él lo ignore, está destinado a vivir sólo 47 años y a convertirse en El Libertador en el breve lapso de tres décadas, ese viaje constituye un hito importante en su vida.

Ya desde los 11 años de edad, en 1794, el niño Simón Bolívar, había manifestado insistentes deseos de viajar a España. En 1798, su tío carnal por la rama materna, don Esteban de Palacios y Blanco, que por entonces vivía en Madrid, expuso a don Carlos, su hermano y tutor del sobrino Simón, el deseo y la conveniencia de que Juan Vicente y su hermano Simón, pasaran una temporada en “esta Villa y Corte, en donde —agrega el tío Esteban— podrán tomar alguna instrucción buena y veremos lo que la suerte puede dar de sí en favor de ellos, teniendo como tienen mucho adelantado por sus grandes facultades”.

No estaba equivocado don Esteban. Este primer viaje le permitiría al joven Simón, conocer lugares similares al suyo, como Veracruz, México y La Habana, para llegar después a España, el país de donde procedían sus mayores. Habría de conocer también ciudades mundialmente importantes, la metrópolis española, la Corte que regía los destinos de la América hispana, el monarca que conmovería a Europa y en particular a España, el escenario de los inminentes capítulos de la Historia y muchas otras experiencias de notoria importancia, aunque ninguna tan humanamente trascendente como el amor de la madrileña María Teresa Rodríguez del Toro y Alaiza; lo único que quiso realmente para sí en toda su vida, aquel que tan ejemplarmente de todo se supo desprender.

Como a menudo ocurre, el destino se tomó su tiempo y sus medidas, y hasta varios años después Simón no pudo emprender su primera aventura, que comenzaría al subir a bordo del navío “San Ildefonso”.

Este barco, cuyo nombre proviene del gótico y significa “guerrero”, fue construido y navegó siempre bajo la advocación del Santo Patrono de los Príncipes de Asturias: San Ildefonso.

Su proyecto lo comenzó en 1784, José Romero de Landa, quien también dirigió su construcción en Cartagena. Fue botado al agua el 22 de diciembre de 1785, a los 28 meses del nacimiento de Bolívar, y según apunta la Enciclopedia General del Mar "...el San Ildefonso resultó superior a todos los anteriores de la misma clase, tomándose por modelo para los sucesivos...".

En la mañana del 19 de enero de 1799, se inicia para Simón Bolívar y su amigo coterráneo Esteban Escobar, la gran aventura europea. Se trataba sin duda de viajeros muy distinguidos y relacionados con las fuerzas armadas, para poder viajar en un navío de línea de la categoría del San Ildefonso. Eran jóvenes y la disciplina a bordo, severa. No es probable que vieran al capitán y a la alta oficialidad de inmediato. Sus excitadas primeras miradas seguramente fueron absorbidas por el contra maestre y los guardianes vestidos con casacas de solapas, chupas y calzones azules, con vueltas la primera en encarnado y abotonadura dorada con anclas grabadas, completando el uniforme los sombreros con escarapela de seda roja.

Cuando el navío "San Ildefonso", con sus 74 cañones y su imponente velamen desplegado al viento, soltó amarras y La Guaira comenzó a ponerse pequeñita en el horizonte, se iniciaba la aventura de cruzar el inmenso y peligroso océano para asomarse al mundo. La ruta que el buque tenía por delante seguramente ya estaba decidida por Alcalá Galiano y sus capitanes, pero con toda probabilidad el último puerto de destino se mantendría en secreto, dejando circular la natural especie de que volverían a Cádiz.

El navío "San Ildefonso" ancló en Veracruz, el 2 de febrero de 1799, después de dos semanas de navegación, reanudando viaje el 20 de marzo. Permaneció pues 46 días en el puerto mexicano, ante la imposibilidad de seguir viaje a La Habana, debido al bloqueo de la isla por los ingleses. En sus bodegas, entre otras cosas, traía desde Cádiz azogue para la explotación de la plata y un cajón que servía de embalaje a un hermoso cuadro que representaba la Aparición del Señor a los Apóstoles; en Veracruz habría de cargar oro, plata y otros productos con los cuales estas tierras contribuirían a la corona de España.

Los motivos de su permanencia en México y el uso que de ella hizo el joven Bolívar, y muy probablemente su compañero también, se hallan recogidos en un singular documento: la primera carta que se conoce de Bolívar, fechada en Veracruz el 20 de marzo de 1799, es decir, el mismo día de su partida de México para proseguir su viaje a España, vía La Habana. La carta, muy informal y con deplorable ortografía, dice:

Estimado tío mío:

Mi llegada a este puerto ha sido felismente, gracias a Dios: pero noshemos detenido aquí conel motibo de haber estado bloqueada la Abana, y ser preciso el pasar por allí; de sinco nabíos y onse fragatas ingleças. Después de haber gastado catorse días en la nabegación entramos en dicho puerto el día dos de febrero con toda felicidad. Hoy me han susesido tre cosas que me an complasido mucho: la primera es el aber sabido que salía un barco para Maracaibo y que por este conducto podía escribir a Ud. mi situación, y participarle mi biaje que ise a México en la inteligencia que usted con el Obispo lo habian tratado, pues me allé haquí una carta para su

sobrino el oidor de allí recomendandome a él, siempre que hubiese alguna detención, lo cual lo acredita esa que le entregara usted, al Obispo que le manda su sobrino el oidor, que fue en donde bibi los ochodías que estube en dicha ciudad. Dn Pedro Miguel de Hecheberria costeo el biaje que fueron cuatrocientos pesos poco mas o meno de lo cual determinara usted, si se los paga aquí o allá a Don Juan Esteban de Hechesuria que es compañero de este Señor a quien bine recomendado por hechesuria, y siendo el coducto el Obispo. Hoy a las onse de la mañana llegue de México y nos bamos a la tarde para España y pienso que tocaremos en la Abana porque ya se quitó el bloqueo que estaba en ese puerto, y por esta razón a sido el tiempo muy corto para hacerme mas largo. Vsted no estrañe la mala letra pues ya lo hago medianamente pues estoy fatigado del mobimiento del coche en que hacabo de llegar, y por ser muy a la ligera (tachado en original: pues ya me voy a embarcar) le he puesto muy mala y se me ocurren todas las especies de un golpe. Espresiones a mis ermanos y en particular a Juan Vicente que ya lo estoy esperando, a mi amigo Dn. Manuel de Matos y en fin a todos a quien yo estimo.

Su más atento serbidor y su yjo.

SIMÓN BOLÍVAR

Efectivamente, como apunta Augusto Mijares, la carta está escrita como la plana de un escolar, con la trabajosa regularidad que a duras penas podía alcanzar un niño convencido de su propia deficiencia. Aquella de Bolívar es, ni más ni menos, la que se podía esperar de un joven de su clase, sin preparación especial para las letras.

#### RUMBO A ESPAÑA

El navío "San Ildefonso" partió de Veracruz en la misma fecha de la carta del joven Bolívar, ya libre de ingleses la ruta y puso proa a La Habana. La escala allí, reporta la Cronología de Bolívar de los Escritos del Libertador, fue como de dos días, lo cual hace pensar que Simón y su amigo Esteban la contemplaron desde lejos. El viaje prosiguió desde La Habana. Con el "San Ildefonso" navegaban el navío "San Fulgencio", insignia de la flotilla, y las fragatas "Esmeralda", "Clara" y "Medea". Las jornadas siguientes habrán sido para los caraqueños, de mar, cielo y viento, con la lluvia, el frío o el sol para matizar esos días inolvidables.

Pero no estaba destinado aquel barco donde viajaba el futuro Libertador, a una travesía sin otras peripecias. Acechado por el enemigo, el ingenio y la veteranía del comandante de la flotilla, capitán de navío Dionisio Alcalá Galiano, le inducen a evitarlo; y así el navío "San Ildefonso", comandado por don José de Uriarte y Borja, al igual que los otros buques, remonta al norte hasta cerca de la isla de Terranova, para descender de nuevo hacia el Cantábrico, y en vez de dirigirse a Cádiz, arriba en Santoña, cerca de Santander, es decir, al extremo noroccidental de España a donde simulaba llegar por el extremo sur.

Finalmente, en lo relativo a la ruta estudiada, el tomo VIII de "Armada Española desde la unión de los Reinos de Castilla y Aragón", de don Cesareo

Fernández Duro —de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando— publicada en Madrid en el año de 1902, aporta un dato notablemente concreto que cierra la comprobación: “Siguió a esta ligera satisfacción, en medio de tantas contrariedades, el feliz e inesperado arribo al puerto de Santoña, *el 13 de mayo*, de los navíos ‘San Fulgencio’ y ‘San Ildefonso’, las fragatas ‘Esmeralda’, ‘Clara’ y ‘Medea’. Había dirigido su navegación desde Veracruz y La Habana, don Dionisio Alcalá Galiano, sobresaliente oficial de los del viaje de Malaspina, y en alivio del angustioso estado del Tesoro, trajo siete millones de pesos”.

Sin embargo, los “Escritos del Libertador” en la “Cronología de Bolívar” establece como fecha de llegada a Santoña, *el 31 de mayo* de 1799. ¿Acaso existe en alguna de las dos autorizadas fuentes de información, alguna explicable confusión entre el número 13 y el 31? Debe suponerse que los Escritos del Libertador han basado su cronología en comprobaciones exhaustivas. Por otra parte, hay que tener en consideración que para el historiador español Fernández Duro, dicha fecha determinaba sólo un acontecimiento más dentro de un complejo período; en cambio, para los biógrafos de Bolívar, la misma es un importante hito dentro de un lapso muy escaso de datos concretos sobre la vida del Padre de la Patria.

De todas maneras, este contraste plantea una discrepancia digna de ser investigada, pues, dentro del espíritu que guía este estudio, podría decirse que se trata de una “fecha consagrada”, por su relación con el Libertador.

Poco nos proporciona la Historia, sobre el arribo de Bolívar a Santoña, excepto que fue feliz. El único tenue hilo que posteriormente aparece conectado a esta travesía, es la cuenta que rinde Esteban Palacio al tutor de su sobrino, por haber pagado al capitán Uriarte y Borja, la suma de 3.000 reales de vellón que éste proporcionó a Simón en este puerto, muy probablemente para compensarlo de sus gastos durante el viaje a México y facilitarle su cómodo traslado a Madrid.

Y así, el joven Bolívar, ya en tierra española, se aprestaba a iniciar una etapa trascendental en su formación integral que habría de culminar con el amor y el dolor que le depararía su matrimonio con María Teresa.

“... Miren ustedes lo que son las cosas, si no hubiera enviudado quizás mi vida hubiera sido otra; no sería el General Bolívar, ni el Libertador, aunque convengo que mi genio no era para ser alcalde de San Mateo... la muerte de mi mujer me puso temprano sobre el camino de la política; me hizo seguir después el carro de Marte en lugar del arado de Ceres”...

## MARIA TERESA

María Teresa Rodríguez del Toro y Alayza, siempre se nos ha presentado como una parte, aunque entrañable y sagrada, muy breve y de relativa importancia en la vida de Bolívar; podríamos decir, que a ella siempre la hemos visto con esa discreción cariñosa, y hasta sacrificada, que suele con frecuencia observar la mujer de un hombre importante.

La trama de la Historia está formada por un conjunto de referencias perpetuadas, bien por el testimonio que las personas o los hechos hayan podido producir por sí mismos, bien por la impresión subjetiva que ellos puedan haber inducido en testigos capaces de trasmitirlas. En todo lo relativo a Bolívar, la Historia está naturalmente orientada hacia la figura de "El Libertador". Antes de que él emprendiera su camino a la gloria, nadie podía suponer su genio; luego, su grandeza opaca todos los demás aspectos, y en cierto sentido deshumaniza al "hombre"; y finalmente, cuando su sacrificio se consuma, sólo resta el lamentar los vacíos históricos que han quedado en la secuencia de la vida espiritual e íntima de este ser extraordinario y magnífico.

María Teresa, lo único que realmente quiso para sí aquel que todo lo supo dar, carece en nuestra Historia de la luminosidad que merece la incidencia emotiva más trascendente en la vida del "hombre" que sostenía al "héroe"; su imagen, lamentablemente, nos llega envuelta en la penumbra.

Pero ella existió como tal, y su personalidad no se limitó a atraer a quien fue su marido, sino que su "ausencia" matizó el duro ascenso, el cenit y la agonía. Fue a ella, aunque suponga una paradoja y una contradicción cronológica e histórica, a quien correspondió despedir al "hombre", como una buena esposa que era, en el umbral, en la puerta espiritual, cuando éste partió hacia la inmortalidad.

Vino al mundo en Madrid, el 15 de octubre de 1781; era hija de don Bernardo Rodríguez del Toro y Ascanio, natural de Caracas, y de doña Benita de Alaiza y Medrano, oriunda de Valladolid.

Vivían entonces sus padres en la casa distinguida por aquella época con el número 14 de la tradicional calle de la Corredera Alta de San Pablo.

Fue bautizada en la parroquia de San Martín, ubicada en los tiempos en la plaza de su nombre y hoy en la calle de Desengaño, donde se conserva toda la documentación; y le dieron por nombre: *María Teresa Josefa Antonia Joaquina Rodríguez del Toro y Alayza*.

De su infancia casi no tenemos datos; pero tuvo que ser su juventud rica en espiritualidad, educación, vida social e incluso trabajo.

Fue en la casa del Marqués de Ustáriz donde Bolívar, que por entonces vivía allí, conoció a la que habría de ser su mujer, y de quien, como textualmente escribió, "... pronto se enamoró...".

En carta fechada en Madrid, el 30 de septiembre de 1800, ya resuelto a casarse, le comunica a su tío don Pedro Palacios su feliz decisión en los siguientes términos:

"... y por haberme apasionado de una señorita de las más bellas circunstancias y recomendables prendas, como es mi señora doña Teresa Toro, hija de un paisano y aun pariente, he determinado contraer alianza con dicha señorita...".

Para la época tenía María Teresa 19 años, un año y nueve meses más que Simón, aproximadamente; y su presencia en esa mansión indicaba no sólo su buena

sociedad, sino también su nivel intelectual y cultural. La casa del Marqués de Ustáriz, como consta, reunía para el joven Bolívar un ambiente de estudio, el trato con tan distinguida familia y las enseñanzas de “su tutor”, como lo llama, todo lo cual significaba para él un atractivo superior al que podían brindarle las diversiones de la capital.

Era don Jerónimo de Ustáriz y Tovar natural de Caracas, había sido Ministro del Supremo Consejo de la Guerra en España, y estaba emparentado con las más notables familias de Venezuela. Cuando Simón “descubrió” entre las amistades de la familia Ustáriz a quien llamó “su señora Teresa Toro”, este gran señor que fue el Marqués merecía la semblanza siguiente: . . . un anciano de noble porte, de trato amable y franco, poseedor de profundos conocimientos en las ciencias morales y políticas, de literatura vasta y escogida, entendimiento claro, sin prejuicios y de poco comunes virtudes públicas y privadas.

El enfoque de este personaje, clave en la formación del Libertador, es importante, porque de él proviene el primer juicio, la primera opinión que sobre María Teresa poseemos. En la misma citada carta, agrega Bolívar refiriéndose a su decisión de contraer matrimonio: “Esto se lo comuniqué al señor Marqués de Ustáriz como único tutor que tengo aquí. . .”. Lo cual, sin ningún género de dudas, implicaba una aprobación de éste, que incluso esgrime el enamorado joven como argumentación. O sea, que el Marqués, hombre de las dotes señaladas y responsable del impetuoso Simón, juzgó a María Teresa tan estimable, adecuada y buena, que aprobó este noviazgo surgido en su propia casa, no obstante la diferencia de edades, los pocos años y la natural inexperiencia de su pupilo.

María Teresa, aunque nacida en Madrid, estaba profundamente vinculada a la sociedad caraqueña, y para no adentrarnos en un bosquejo de su genealogía, limitemonos a recordar que su padre, don Bernardo, era hermano del III Marqués del Toro, don Sebastián Rodríguez del Toro y Ascanio, quien falleció a los 48 años en 1787. Heredó el título su primogénito, primo carnal de María Teresa, don Francisco José Rodríguez del Toro e Ibarra; ilustre con sólo los siguientes méritos: amigo queridísimo del Libertador a través de toda su vida; primer comandante militar patriota en la guerra de la emancipación, pues fue él, general de las fuerzas que se enfrentaron a Monteverde; firmante del Acta de la Independencia y de nuestra primera Constitución.

María Teresa tuvo dos hermanos, Antonio María y Manuel María, familiarmente llamado éste “el artillero”, por su profesión. La llegada desde Caracas, de los hijos del III Marqués del Toro, Tomás, Pedro y Fernando, para “su aprovechamiento en la Corte”, junto con la del cadete Mallo (hermano de don Manuel Mallo), contribuyen a engrosar el futuro núcleo del entorno amistoso de la pareja.

Fernando, el simpático primo de la novia, con los años se convertiría en aquel que Bolívar calificó de “su primer amigo”; participó en el “Juramento en el Monte Sacro”; hizo sus primeras armas en Venezuela a las órdenes de Miranda para someter a los realistas sublevados en Valencia en 1811, acción en la cual perdió una pierna y mereció a la hora de su final que el ya Libertador escribiera:

“La muerte de este hombre es la continuación de nuestras desgracias; todos los buenos han muerto ya, mis buenos amigos han perecido todos los más, y sólo yo sobrevivo para llorarlos por la Patria y por mí”.

Van los hijos del Marqués recomendados por su madre, ya viuda, doña Brígida Ibarra, a don Silvestre de Ibarra y Galindo y a don Bernardo Rodríguez del Toro. El joven Pedro se quedó a vivir en la casa de este último y allí conoció y trató a la aún niña María Teresa, así como a la joven que habría de ser su esposa, la sobrina de doña Benita, María del Pilar.

Era doña Benita de Alayza y Medrano hermana del Marqués de Inicio y Conde de Rebolledo, quien, no obstante haber sido Contador Mayor de los Reinos de España y Secretario de la Diputación Provincial de Madrid, poseía en su haber un blasón de mucha mayor importancia humana, social y cultural: fue fundador en España de la primera asociación protectora de subnormales.

La unión de Pedro y María del Pilar fue celebrada “con decoro y honor propios de su calidad y circunstancias”, en el Convento de Santo Domingo. Estrenaba él, hábito de la Orden de Santiago y se engalanaba la novia con “tocado, traje y chapines” que costaron mil reales de vellón (según se apunta en un curioso expediente de los gastos de la boda) y se adornaba con las alhajas del “Vínculo”. Esto ocurría en 1796, cuando la contrayente se acercaba a los 16 años, su prima-hermana María Teresa rondaba los 15, y Simón se encontraba en Caracas soñando con viajar a España.

Iban con los novios los tres hijos de don Bernardo, María Teresa en calidad de “menina acompañante”. *Dicen que las dos primas eran tan parecidas que solían creerlas hermanas: tenían una belleza frágil, eran muy esbeltas y de ojos claros.*

La vida de este matrimonio se inicia en la casa del abuelo; pero, al ser bendecido con su primer hijo, María Ramona, en 1797, se traslada a vivir en la casa de don Bernardo.

La ubicación de la casa de la familia Rodríguez del Toro para la época, después de muchas disquisiciones, ha quedado claramente determinada:

“A don Pedro Rodríguez del Toro. Calle de Fuencarral cerca del Hospicio, Número Segundo. Madrid”.

Esta dirección guiaba una carta que uno de los administradores de don Pedro Rodríguez del Toro, le había enviado a su residencia en Madrid.

Este documento establece definitivamente la ubicación de la casa que habitaba María Teresa, resolviendo de forma muy concreta y clara una vieja controversia que durante algún tiempo existió sobre este particular.

Se sabía que la dirección en cuestión era: Calle de Fuencarral, Número 2; porque así consta en diversos documentos. El problema consistía en saber a qué manzana correspondía ese número 2; ya que en éstas estaban, para la época, las casas numeradas en cuadro, recorriendo la secuencia todo el contorno de los bloques urbanos; así, pues, todas las manzanas que daban a una calle cualquiera contenían una casa distinguida por dicho número 2; de allí que el administrador aclare: “. . . Cerca del Hospicio. . .”.

Por otra parte, los investigadores, y particularmente doña María Teresa Bermejo de Capdevila, han arribado a la misma conclusión, a partir de otros documentos estudiados con posterioridad a 1930, año en el cual el Excelentísimo Ayuntamiento madrileño colocó una placa de mármol en el N<sup>o</sup> 2 actual de la calle de Fuencarral en homenaje al Libertador en el centenario de su muerte, que si bien estuvo por mucho tiempo equivocadamente situada, contenía un entrañable testimonio:

“En este lugar estuvo ubicada la casa que habitó doña María Teresa Rodríguez de Toro, esposa que fue de Simón Bolívar, genio de la raza”.

En 1798, muere doña Benita y queda María Teresa encargada de los cuidados del hogar, con fuertes responsabilidades, pues por los días en que su madre fallece, da a luz su prima un varón.

Después llega Simón a Madrid, se suceden las reuniones en la casa del Marqués de Ustáriz y las alegres jornadas veraniegas en Bilbao, ciudad adonde Bolívar sigue a su “doña Teresa” tras el llamado, históricamente, “incidente del Puente de Toledo”; guiado por su pasión, pero destinado a recibir el sensato consejo de don Bernardo que recomendaba el dejar madurar algo más al novio. En su inquietud, Bolívar interpreta que tal condición se cumple en unos pocos meses de viaje, y se lanza a recorrer por vez primera a Europa.

Los planes:

“Mi matrimonio se efectuará por poder en Madrid y después de hecho vendrá don Bernardo con su hija, para embarcarnos desde aquí en un neutral que toque en Norteamérica”.

El de 1801 es un año aciago para María Teresa y su familia: María del Pilar, debilitada por tan seguidos alumbramientos, es víctima de las tristemente célebres “terciarias” del siglo XVIII, y sucumbe el 15 de junio del nombrado año.

Nunca más volverían los felices días en los que el grupo de primos y amigos íntimos de la familia, y de don Simón de Bolívar, disfrutaban de la mutua compañía.

El cadete Mallo falleció el 22 de agosto. Para don Bernardo, prodiga nuevas obligaciones y no amplía sus disponibilidades. La muerte de María del Pilar trae tanto desconcierto en aquel hogar que, varios meses después, don Pedro le informa a un administrador:

“... escribí otra participándole la funesta nueva de haber Dios servido llevarse para Sí, el 15 de junio, a mi amada Mariquita, a la edad de 22 años, cuyo acontecimiento me tiene aún fuera de mí sin otro consuelo que su inocente vida y feliz muerte”.

Queda pues María Teresa de “madre” de los dos pequeños, secundada por dos “amas segovianas” que, como atestiguan cartas, “le dan más cuidado que ayuda”. Sin descuidar este aspecto típicamente femenino, hasta de amanuense sirve a su padre y a su primo, para ayudarlos en la compleja correspondencia con los administradores de las fincas; a raíz de esta actividad, uno de ellos deja asentado para la pequeña Historia: “... ignoraba que mi señora doña María Teresa fuese tan buena pendolista,

pues nos puede enseñar . . .”, alabando su letra, cuya claridad y soltura afortunadamente nos consta.

Indagando de nuevo en la penumbra, surgen informaciones sobre el aspecto físico y la semblanza moral, psicológica y cultural de María Teresa.

Sobre estos particulares, el mismo Bolívar nos deja una expresiva síntesis en la pluma de Daniel Florencio O’Leary:

“ . . . sin ser bella atraía por la dulzura de su carácter y su esmerada educación . . . veía en Teresa, según sus propias palabras, joya sin tacha, de inestimable valor”.

Todos los comentarios y opiniones autorizados que hasta el momento han sido recogidos, coinciden en que el tipo de belleza de María Teresa no era de los que quedan bien definidos con términos como hermosa, exuberante, fascinante, seductora, arrebatadora u otros semejantes; María Teresa debió haber sido lo que entendemos por “bonita”, puesto que tampoco la describen con esa minuciosa perfección que hubiera justificado el llamarla “linda”.

De “ojos claros”, o sea, normalmente azules, verdosos o grises, aunque este último colorido es poco frecuente en los españoles en general. Este detalle que nos llega por su comentado parecido con María del Pilar, induce a pensar en una cabellera rubia o castaña.

Supuesto el carácter de Bolívar, así como ciertos prejuicios sobre la estatura femenina, y sin olvidar su raza, cuesta el imaginarla más alta que su esposo, que por entonces debía ya haber alcanzado su talla definitiva, la cual, según los que han consignado para la Historia este dato, era del orden del metro sesenta y cinco centímetros.

“*Amable hechizo del alma mía*”, como la llamó su adorador en carta fechada en Madrid en diciembre de 1800. Tal manera de invocarla en el pensar y en el sentir de un hombre que, como Bolívar, tuvo siempre el término apropiado para cada circunstancia u oportunidad, y sin descartar la lógica reserva sobre personales y subjetivas apreciaciones, sugiere literalmente un encanto que no avasalla, subyuga o impresiona por su vigor, por su rotundez; sino más adecuadamente un halo sutil, directamente incidente en el alma, antes que en el cuerpo; aquel que suele distinguir a las mujeres esbeltas, de aspecto frágil, gentiles, delicadas, de ojos de los que parecen dejar entrever el pensamiento, como los ojos claros, serenos, los que de “dulce mirar son alabados”.

Hasta la fecha no han aparecido retratos de ella, y por consiguiente, sus pocas imágenes son absolutamente producto de la imaginación de los artistas, que al parecer ignoraban la indirecta descripción general de su aspecto físico que implicaba su parecido con la prima-hermana; lo cual, por otra parte, es muy explicable, pues ésta y otras muchas referencias son de muy reciente divulgación.

Esto sin duda constituye un vacío histórico; pero, casi puede decirse que resulta un premio imponderable y místico a su persona y a su papel: el privilegio de ser imaginada únicamente con los ojos del amor y la veneración, con sólo las apre-

ciaciones que nos transmiten sus seres queridos y amante esposo en la plenitud de su pasión; justamente, bajo las condiciones que le impusieron las circunstancias para poder entrar en la Historia; siempre compenetrada con su función de iniciadora en el cariño y la pasión, a la vez que amada ausente.

Fue mujer de capacidad ejecutiva y no carente de decisión, puesto que dentro del contexto social de su época, precozmente afronta obligaciones familiares, se gana la admiración de los administradores, el cariño de la servidumbre, se casa con un impetuoso joven menor que ella, nacido y arraigado en tierras lejanas, y en su compañía no vacila en emprender un fatigoso viaje, no exento de peligros, que comenzaba con un trayecto de unos 640 kms. en "diligencias" de la época, como preludio de más de 7.000 kms. de mar surcado a velas.

Vivir la apacible vida de la Caracas colonial no constituye mérito notable, y menos cuando se es la mujer del vástago más joven de una importante y aristocrática familia; pero, cosa muy distinta es residir por entonces en San Mateo, en la casa del Ingenio Bolívar, tan es así, que al hacerlo se estaba encaminando hacia la muerte.

### ...Y SE CASARON

"Amable hechizo del alma mía:

En el correo pasado escribí a usted el feliz éxito que tuvo mi importuna impertinencia, en que pidiesen a usted y cuyos efectos ya sabrá usted complacer, pues considero que aunque no haya eso de amor, por lo menos humanidad no deja de haber en el benévolo corazón de usted y siendo así, usted debe complacerse de ver que me hallo casi en el camino de alcanzar la dicha que con la mayor ansia deseo, y cuya pérdida me sería más costosa que la muerte misma.

Apreciable Teresa: no deje usted de escribirme todo cuanto haya, porque si he de hablar con verdad, no tendré momento tranquilo, hasta que no sepa como padre ha tomado la de mi tío, pues el deseo todo se lo teme.

Escribo a padre en este, dándole noticias de los tíos, de quien será de usted mientras viva, y quizá aunque muera.

P. D. No prodigue usted tanto sus cartas, porque ya no tengo dinero con que sacarlas, de tantas que vienen en todos los correos.

Carta fechada en Madrid el 4 de diciembre de 1800, en la cual el joven Bolívar se refiere a la carta que había dirigido a su tío don Pedro Palacios y Sojo, participándole su intención de contraer matrimonio con María Teresa Rodríguez de Toro, y pidiéndole que formalizara la solicitud de mano ante los padres de ella.

### *Desposorio y velación de Don Simón Bolívar con Doña María Teresa Rodríguez de Toro*

En la villa de Madrid a veinte y seis días del mes de mayo año de mil ochocientos y dos, en la Iglesia Parroquial de San Josef, yo Don Isidro Bonifacio Romano, teniente mayor de cura de la misma, habiendo precedido despacho

del Señor Don Juan Bautista de Espeleta, Provisor, Vicario Eclesiástico de esta referida villa y su partido, dado en veinte del propio mes y año, refrendado de Diego Alonso Martín, su notario, por el que consta haberse dispensado las tres amonestaciones que previene el Santo Concilio de Trento por las justas causas que concurrieron para ello, recibido los mutuos consentimientos, hecho las demás preguntas y requisitos necesarios y no ha resultado impedimento alguno, desposé in facie Ecclesie por palabras de presente que hacen verdadero y legítimo matrimonio a Don Simón Bolívar, natural de la Ciudad y obispado de Caracas en América, hijo de Don Juan Vicente y de Doña María de la Concepción Palacios (ya difuntos) con Doña María Teresa Rodríguez de Toro, natural de ésta referida villa, hija de Don Bernardo Rodríguez de Toro y Ascanio y de Doña Benita Alaisa Medrano (ya difunta), precedidos los requisitos necesarios. Se hallaron presentes por testigos Don Pedro Rodríguez de Toro, el señor Marqués de Iñicio y otros, juntamente les velé y di las bendiciones nupciales según el ritual romano; y lo firmé.

Don Isidro Bonifacio Romano.

Ya con esta semblanza general, puede apreciarse mejor el hecho clave de su vida, su matrimonio con Simón Bolívar.

“Sepa Ud. ¡oh buen amigo! que su buen Bolívar se va a casar con su prima Teresita Toro, ¿no es verdad que es muy amable? ¿muy dulce?”

Otras fuentes documentales nos presentan tres conceptos emitidos también por el futuro Libertador antes del enlace, que merecen, por la aparente contradicción que plantean, y porque en definitiva no hacen sino confirmar la importancia que confiere a este hecho, una interpretación que la resuelva encuadrando el conjunto en su personalidad y sentimientos.

En la carta ya citada, fecha en Madrid a 30 de septiembre de 1800, en la cual comunica a don Pedro Palacios su decisión de casarse, le argumenta:

Estimado tío Pedro:

No ignora usted que poseo un mayorazgo bastante cuantioso, con la precisa condición de que he de estar establecido en Caracas, y que a falta mía pase a mis hijos, y de no, a la casa Aristeiguieta, por lo que, atendiendo ya al aumento de mis bienes para mi familia, y por haberme apasionado de una señorita de las más bellas circunstancias y recomendables prendas, como es mi señora doña Teresa Toro, hija de un paisano y aún pariente, he determinado contraer alianza con dicha señorita para evitar la falta que puedo causar si fallezco sin sucesión; pues haciendo tan justa liga, querrá Dios darme algún hijo que sirva de apoyo a mis hermanos y de auxilio a mis tíos.

Esto se lo comuniqué al señor marqués de Uztaris como al único tutor que tengo aquí, para que se lo avisase a Ud., y al señor don Manuel Mallo por que es nuestro amigo y favorecedor. A este último, le escribió el marqués de Uztaris dos veces, y una de ellas le entregaron la carta en sus propias manos; pero no se ha tenido contestación alguna, habiendo pasado ya 30 ó 31 días. Esto mismo lo comunicó el marqués de Uztaris al señor don Bernardo Toro por ser debido al parentesco y a la amistad, pero fue en confianza.

Informado yo de que Ud. no sabía esta novedad quiero participársela; en primer lugar, porque nadie tiene el interés y dominio en mis cosas como

Ud., y en segundo, para que Ud. tenga la bondad de proteger esta unión dando las órdenes necesarias para pedir la señorita a su padre, con toda la formalidad que exige el caso.

Esperando su contestación con la mayor ansia; pues me interesa eso mucho, habiendo pasado tanto tiempo sin decidirse nada, desde el aviso al señor don Manuel hasta la fecha.

De su más afecto sobrino que lo ama de todo corazón.

SIMÓN BOLÍVAR

En Santander, el 30 de marzo de 1802, a los pocos días de haber comunicado a un amigo emocionadamente su pronto casamiento con "Teresita", otorga poder ante escribano y testigos, a don Pedro Rodríguez del Toro para las Capitulaciones Matrimoniales, y después del mucho contenido preceptivo de este documento, que supone la separación legal de los bienes patrimoniales de los contrayentes, reserva aparentemente inusitada en un hombre tan generoso y apasionado, precisamente cuando se trata de su amada, agrega:

"...y seguidamente hago donación propter nuptias en nombre de arras a mi futura esposa doña María Teresa Rodríguez, de cien mil reales de vellón, moneda corriente, asegurando como aseguro que caben en la décima actual de mis bienes, para que los reasuma y goce como caudal propio...".

El motivo a que obedece ese aparente deseo de sucesión por intereses ajenos al amor, así como la cautela de separar los bienes, tienen su explicación sin desmedro de los sentimientos que albergaba y de su inconmensurable desprendimiento, en las condiciones que regían el llamado "Vínculo de la Concepción", especie de fideicomiso, fundado y reglamentado por el canónigo Juan Félix Jerez de Aristeguieta, quien como primo de Bolívar que era, resolvió nombrarlo titular del mayrazgo de aquella denominación. El canónigo Aristeguieta profesó siempre un gran cariño por Bolívar, hasta el extremo de que quiso officiar como sacerdote en el bautizo de éste, y como no le correspondía obtuvo una autorización especial de las autoridades eclesiásticas para ello.

En resumen, el vínculo, en lo relativo a la titularidad establecía una rigurosa ley de sucesión, por la cual resultaba importante para los cónyuges y para toda la familia el que Simón tuviera un heredero; y en cuanto al sexo del mismo y a la posibilidad de que María Teresa pudiera heredar esa parte de la fortuna de su esposo, con similar rigor establecía, que en ningún caso la titularidad del vínculo podía recaer en una mujer.

Y no debe olvidarse que la fortuna de Bolívar, para esa época, podría ser estimada, en términos actuales, en unos veinte o veinticinco millones de bolívares, considerados como divisa en su más alto valor adquisitivo; y algo así como los dos tercios de esa suma procedían del Vínculo de la Concepción.

En cuanto a las arras, no fueron un buen regalo más, como se ha comentado hace poco, "tocado, traje y chapines" de María del Pilar, habían costado mil reales de vellón, cantidad que se consideró de suficiente importancia como para que figu-

rara contablemente en los archivos familiares. En realidad fue una dote de aproximadamente, en los términos de apreciación que estamos usando, de unos quinientos o seiscientos bolívares; por eso aclaraba que cabían en la décima de sus bienes, refiriéndose sin duda a los heredados de sus padres, cuya disposición sólo estaba sujeta a regulaciones generales.

Se casaron el miércoles 26 de mayo de 1802, en la Iglesia Parroquial de San José, en Madrid, ubicada por aquellos tiempos en el recinto de su fundación: el antiguo salón-teatro del Palacio del Duque de Frías, frente a la Plazuela del mismo nombre, hoy completamente desaparecida, al igual que el resto de la mansión, por diversas vicisitudes, entre las cuales destacan un incendio, y profundas reformas urbanísticas en la zona.

Del incendio ocurrido se salvó el Acta del histórico matrimonio, por una afortunada casualidad: el párroco, Dios sabe por qué, acostumbraba guardar los libros parroquiales en su casa particular.

El siniestro hizo trasladar la parroquia, y fue situándose en varios lugares hasta que en 1839 se instala definitivamente en lo que fue el templo del Convento de San Hermenegildo, fundado a comienzos del siglo XVIII por Santa Teresa de Jesús, y allí, en el número 14 de la madrileña calle de Alcalá, hoy en día se puede contemplar tan entrañable documento. Por otra parte, diversos archivos conservan en esa ciudad todo lo relativo a tan importante acontecimiento.

Después de la boda, los esposos dispusieron de 20 días para despedirse de familiares y amigos en Madrid, viajar a La Coruña que era su puerto de embarque, ya que por los retardos sufridos en los trámites y obtención de los recaudos necesarios para la boda habían perdido la oportunidad de tomar ese mismo buque en Cádiz, circunstancia que invoca Bolívar al solicitar la Dispensa de Amonestaciones; despedirse en la población de Elviña, hoy un barrio de La Coruña, de la parentela gallega de Bolívar por parte de los Jaspe Montenegro y darle un fraternal abrazo al "artillero" Manuel María, que servía como tal en esa plaza.

El camino entre Madrid y La Coruña se recorría en diligencia, que en esta ruta contaba con 26 postas o instalaciones, adecuadamente situadas, en donde cambiaban las bestias de tiro y los viajeros podían comer y descansar.

Embarcaron el martes 15 de junio de 1802, ignorando María Teresa que se estaba separando de su padre, quien los acompañó al puerto, y de su hermano, para siempre. Las lágrimas de esa despedida, sin duda correspondieron a un "adiós", a un "hasta luego", pero representaban las copiosas e inenarrables de una "ausencia" definitiva.

Con relación al barco que los condujo, nada se sabe hasta el presente. Obtener información al respecto en España es difícil, porque La Coruña, años después, sufrió un severo saqueo que hizo desaparecer entre otras cosas los archivos del puerto; quizás resulte más probable que eventualmente aparezca en alguna ocasión el dato, en los de La Guayra. En todo caso, tuvo que ser necesariamente uno de los mercantes que "hacían la Carrera de Indias". Por otra parte, no debe olvidarse que en esta oportunidad el joven Bolívar viajaba como un simple particular, que para

entonces no tenía ninguna representación especial, y además, lo hacía en compañía de su esposa; todo lo cual descarta la utilización de ningún navío de la Armada española.

UNICA CARTA CONOCIDA DE  
MARIA TERESA RODRIGUEZ DE TORO

TRANSCRIPCION

Guaira, 12 de julio de 1802.

Mi adorado Papá: Desde ayer al amanecer estábamos a la vista del cabo de Codera, sin poder llegar a la Guaira por falta de viento. Esta mañana llegamos hasta una legua sin poder arribar, hasta que por fin fue la falúa del registro, en la que volvimos Simón y yo pues de lo contrario no habríamos comido en tierra; hemos tenido una navegación felicísima de solo 27 días, y hubiéramos llegado en 25 si no fuera por las calmas que tuvimos ayer y hoy. Sólo el primer día nos mareamos, pero fue un mareo de todo el día vómitos; por lo que toca a lo demás lo hemos pasado muy bien en lo posible; inmeditamente escribimos, Simón a su tío y yo a mi tía; creemos que mañana no dejará de venir alguno; ya se lo diré a V. antes de cerrar ésta.

Escribo a V. por un pasajero que va a Madrid y que si quiere le puede entregar a V. mi carta y decirle que me ha visto muy buena, pero como considero que en eso suele haber dificultades no quiero dejar a V. sin carta mía, delito que no me debe V. perdonar ni yo le cometeré.

Hoy 14 continúo, para decir a V. que ayer llegaron de mañana mis cuñados y me trajeron una carta de Francisco, en que me decía que vendría hoy; así lo ha hecho sólo con un tío de Simón, pues el resto de su familia, incluso mi tía, están fuera; pero espero ver pronto a lo menos a Fernando, que es regular lo sepan ya. Me ha dicho Francisco que Tomás está muy gordo y muy contento, igualmente que Fernando, que por ahora ya se halla en ánimos de marchar, y me parece que le pueden Uds. esperar por algún tiempo.

Mañana de madrugada saldremos para Caracas y me alegraré que se dilate la salida del barco para escribir a V. más largo, pues por ahora no puede ser.

Qué gusto tendré cuando sepa que V. se ha restituido a Madrid con perfecta salud y felicidad, que haya hallado a Perico y a todos buenos; dele V. un abrazón, como a mis hermanitos, y a mis queridos niñitos un millón de besos, que siempre los tengo en la memoria, y que los quiero muchísimo.

Hoy hemos comido alegremente y no faltaba otra cosa que V. y Perico.

Deseo a V. la más completa salud y quedo rogando a Dios por ella la conserve lo que desea su hija, que le ama entrañablemente y nunca le olvida.

*María Teresa*

P. D. - Simón hace a V. y a Perico muchas expresiones y no escribe porque no hay tiempo. Dé V. mis finezas a la tía Mariquita, tío Marqués, &, sin olvidar a Vicenta y a Isabel y Ramona.

## UNA CARTA DESDE LA GUAIRA

Las siguientes noticias sobre el viaje, el recibimiento y su breve estada en La Guaira, las trasmite su propia mano, en una carta impregnada de cariño, recuerdos y sentimientos, que comienza a escribir a su padre apenas desembarca, y termina dos días después.

Hasta el presente es la única manifestación escrita que de ella se conoce, y como si respondiendo a su destino, quisiera unirse aún más a Bolívar, como si hubiera tenido la premonición de su próximo fin, y de la pena que daría el carecer de todas las referencias históricas deseables, se vale magistralmente de estas pocas líneas para aportar una serie de datos inherentes a la Cronología Histórica del Libertador, estableciendo explícitamente:

Que los esposos llegaron a La Guaira en la mañana del lunes 12 de julio de 1802.

Que la travesía duró 27 días, y por consiguiente comenzó el martes 15 de junio, como ya hemos dicho.

Que el viaje fue sin escalas, ya que la omisión de éstas, de haber existido, sería incongruente con la minuciosidad de la narración.

Que pasaron dos días en el propio puerto o en sus cercanías.

Que habiéndose casado el 26 de mayo, y embarcado el 15 de junio, dispusieron de 20 días para todo el proceso de abandonar España.

Que emprendieron el camino a Caracas el jueves 15 de julio, lo cual hace suponer, dadas las condiciones y longitud del trayecto, que llegaron al atardecer del mismo día a la Casa del Vínculo de la Concepción, o quizás, como única alternativa, el viernes 16.

Llenando así un vacío en esta materia, que por las otras fuentes de información disponibles, apenas si lográbamos atenuar situando en junio la partida y en agosto la llegada.

La ruta seguida entre la Costa y la Ciudad fue casi sin dudas el llamado "Camino Real", pues la otra posibilidad era el denominado "Camino Viejo", que era una vía militar antigua y escarpada, que unía el Castillo de San Carlos, en La Guaira, con la Casa Fuerte de la Cumbre, punto común con el nombrado "Camino Real". Durante mucho tiempo constituyeron las asperezas del segundo una condición defensiva de la ciudad, ante el ataque de los piratas; pero cuando el puerto tomó auge y seguridad, se aprovechó el tramo que iba de Caracas hasta La Cumbre, y se construyó pavimentado con piedras (empedrado) uno nuevo, siguiendo la topografía más favorable, desde ese punto hasta el litoral.

Esto supuesto, la última etapa de María Teresa hacia esa Caracas que conocía por su padre y por Simón, con la cual en parte la cortejaron en los salones del Marqués de Ustáriz, discurrió por El Peñón, El Rincón de Maiquetía, Quenepe,

Las Llanadas, Curucutí, El Fortín del Salto, La Venta (donde podrían haber descansado, comido y hasta pasado la noche), Los Castillitos, La Loma del Viento, La Casa Fuerte de la Cumbre, Las Canoítas, Sanchorquiz, Conejo Blanco, Campo Alegre, El Polvorín y la Puerta de Caracas.

El trayecto urbano era obvio: el Puente Carlos III, el Cuartel San Carlos, la Iglesia de la Trinidad (hoy Panteón Nacional), el puente de La Trinidad y la Plaza Mayor (hoy Plaza Bolívar), en cuyo ángulo Sur-Este (hoy esquina de Las Gradillas), quedaba la Casa del Vínculo.

Era de un piso, cuadrada, con un gran patio en el centro circundado de corredores, y al lado tenía un pequeño jardín. De su mobiliario da cuenta un prolijo documento por el cual el entonces niño Bolívar recibe los bienes provenientes del canónigo Jerez de Aristeguieta.

La estancia de la pareja en Caracas debe haber sido relativamente breve, aunque suficiente para ser presentada María Teresa a todos los parientes y amigos.

Después convirtieron en realidad el sueño de vivir el amor en los feraces Valles de Aragua. Varias jornadas de duros caminos les costó llegar a la gran Casa que desde la altura tutelaba al Ingenio Bolívar y sus tierras. Allí alternaron la pasión con la lectura, las labores femeninas y las tareas propias del campo.

Pero su naturaleza de por sí delicada carecía específicamente de defensas ante las endemias tropicales, abundantes en su paraíso, y al poco tiempo enfermó de “fiebres malignas”, hoy en día identificadas como “fiebre amarilla” o “paludismo” indistintamente.

“el cielo creyó que le pertenecía, y me la arrebató porque no era creada para la tierra”.

Regresó el matrimonio a Caracas, con la tristeza y el miedo en los corazones, y aquí, en su “Casa del Vínculo”, entregó el alma a Dios el 22 de enero de 1803, justamente a los 242 días de casada. Fue enterrada al siguiente en la Capilla de la Santísima Trinidad de la Catedral, donde seguramente varias veces oyó la Santa Misa, y rezó devota agradeciendo su felicidad, y rogó cristianamente por el eterno descanso de los padres de su esposo, sin tan siquiera imaginar que en ese rincón sagrado de la familia Bolívar descansarían también sus restos, al igual que los del Libertador, que allí confundió los suyos con los de sus seres queridos, hasta que la gloria, no satisfecha con el reconocimiento de todos y la inmortalidad de su memoria, reclamó también lo que quedaba del albergue humano de ese espíritu grandioso, para depositarlo en el Altar de la Patria.

Fragmento del Testamento del Libertador.

“2ª Declaro: Fui casado legalmente con la señora Teresa Toro difunta, en cuyo matrimonio no tuvimos hijo alguno”.

*Fueron “ausencias” las que María Teresa con su amor conjuró en Bolívar.  
Fue su “ausencia” la que despertó inquietudes.*

*La que hizo multiplicar los hijos que prometió  
el amor.*

*Fue la soledad que le hizo compañía.  
El dulce dolor que terminó en San Pedro Alejandrino,  
del que solamente El Señor lo pudo consolar,  
al llamarlo misericorde a su presencia,  
al concederle la gracia de compartir su "ausencia".*

#### DE NUEVO LA SOLEDAD

Caracas, 10 de marzo de 1803

Querido amigo mío: ¡Con cuanto gusto he recibido la tuya! Sólo mi corazón es fiel testigo de mi satisfacción al considerar que aún se acuerda el amigo Dehollain del desgraciado Simón: Sí, desgraciado porque acabo de sufrir el último suplicio de cuantos en vida se pueden experimentar.

Ya tu Simón no es aquel ente dichoso que tantas veces cantaba alegre el colmo de sus felicidades con la posesión de su Teresa. Yo la he perdido: y con ella la vida de dulzura de que gozaba mi tierno pecho conmovido del Dios de amor.

Feliz tú caro amigo, puesto que jamás has conocido de la felicidad el rostro lisonjero. ¡Oh esto es bien cierto! Yo no lo dudo un solo instante. . . más que he de hacer? Yo sólo trato por ahora de tranquilizar mi espíritu abatido de tantos y tan crueles males. El dolor un sólo instante no me deja consuelo que buscar ni aun en el seno de la buena amistad de alguno que otro amigo que por fortuna en mis desgracias, me han quedado para sostenerme a la vida que ciertamente ya habría perdido a no haber tenido este don del cielo: don precioso para mí, por ser el único que me resta de cuantos antes yo poseía. Pero el cielo es un recurso en esta deplorable y triste suerte a que me hallo condenado.

SIMÓN BOLÍVAR

A Luis Perú de Lacroix dijo un Bolívar ya Libertador, y éste lo consigna en el *Diario de Bucaramanga* (1828): "...Quise mucho a mi mujer y su muerte me hizo jurar no volverme a casar: he cumplido mi palabra".

Y en otra oportunidad, según la misma fuente, detalla: "Sin la muerte de mi mujer no hubiera hecho mi segundo viaje a Europa y es de creer que en Caracas o en San Mateo no me habrían nacido las ideas que me vinieron en mis viajes y en América no hubiese tomado ni hecho aquel estudio del Mundo, de los hombres y de las cosas que tanto me ha servido en todo el curso de mi carrera política. "...Vean pues ustedes, si ha influido o no sobre mi suerte". Y añadía: "Miren ustedes lo que son las cosas, si no hubiera enviudado quizás mi vida hubiera sido otra; no sería el General Bolívar, ni el Libertador, aunque convengo que mi genio no era para ser alcalde de San Mateo. . . la muerte de mi mujer me puso muy temprano sobre el camino de la política; me hizo seguir después el carro de Marte en lugar del arado de Ceres. . .".

Doña Mariana de Camacho, nieta de María Antonia, la hermana del Libertador, si bien nació en 1822, y por consiguiente, no conoció a María Teresa, tuvo en cambio oportunidad de enterarse directamente de muchas impresiones, pensamientos y comentarios familiares, que luego narró en su larga vida de casi un siglo. Don Vicente Lecuna, quien siempre se mostró interesado por los relatos de doña Mariana, porque la consideraba serena y veraz, recoge en su obra "Catálogo de errores y calumnias en la Historia de Bolívar" un comentario de la misma, de particular interés con respecto al tema, que según asevera le fue confiado en 1915:

María Teresa, "...había caído de fiebre amarilla aquí en Caracas. Y su muerte, después de cortos días de enfermedad, fue muy sentida por toda la familia, que había podido apreciar sus cualidades amables, carácter comunicativo y el inmenso amor que le profesaba a Bolívar. Este inesperado suceso fue un duelo para toda la familia".

Para Bolívar este luctuoso acontecimiento cierra la etapa de la vida individual: infancia, juventud, formación, primera impresión del mundo en el cual vivía, amor e inenarrable dolor.

Súperado el cauterizante primer sufrimiento, así como el subsiguiente estupor; cuando se acostumbró a que de sus grandes amores sólo quedaban en este mundo los restos que atesoraba la Capilla de la Santísima Trinidad, en la Catedral caraqueña, resolvió alejarse del teatro de sus recientes vivencias.

En esta disposición de ánimo se dirige a Europa, con un solo punto definido en su itinerario: una visita a don Bernardo, su suegro, para entregarle lo que llamó las "reliquias de María Teresa", o sea, los objetos personales de ella, los cuales en doloroso recuento deposita en la querida y vieja casa, frente al antiguo Hospicio de Madrid. Cumplido este ritual, su vida vacía de orientación y destino únicamente le inspira el recorrer el Viejo Continente, en busca de nada, en la consoladora esperanza de aturdir lo que creyó una espera indefinida, que si bien terminaría regresando a la catedralicia Capilla, en nada indicaba que en el lapso de 27 años habría de convertirse en el Libertador.

Ya conocía gran parte del centro, noroeste, norte y noreste de España; de Francia, desde la frontera norte hasta París; y realizó esta vez su última visita a España desembarcando en Cádiz, y atravesando el sur del país hasta Madrid.

Parte de allí, según algunos historiadores, hacia Barcelona, Marsella, Lyon, París; según otros vuelve a recorrer la ruta Madrid, Burgos, Vitoria, Irún, Burdeos, París. La más probable es la segunda hipótesis, porque existe información sobre la necesidad que tenía de aclarar algunos asuntos de negocios en Bilbao; aunque esta circunstancia no descarta el que haya ido a Bilbao, vuelto a Madrid y luego haber seguido la primera ruta.

En París pasa algún tiempo tratando de ahogar su dolor en diversiones, amistades y aventuras románticas, estableciendo relaciones que naturalmente influyen en su pensamiento.

Ya en París, 18 meses después de la muerte de María Teresa, Bolívar intenta rehacer su vida, aun sin motivación, como lo expresa esta carta suya escrita en París el 4 de agosto de 1804 a Alexandre Dehollain.

París, 4 de agosto de 1804

El silencio de mi país y la monotonía que allí reina trajeron a mi alma el aburrimiento más terrible y aun la desesperación: es por este motivo que abandoné el seno de mi familia para venir a esta capital a divertirme y tal vez al ir a su casa, recaería en mi tristeza, a pesar de lo íntimamente agradable consoladora que me es su compañía.

París me gusta. A pesar de ello, no estoy contento. Me parece que la desgracia no quiere alejarse de mí. En fin te deseo la felicidad de la que no puedo gozar y tenga la seguridad de mi sincera amistad.

BOLÍVAR

Trata personajes como Humboldt y Bompland. Y se encuentra presente en esa ciudad cuando Napoleón es proclamado Emperador, y luego en la oportunidad de su coronación ante el Papa.

Se reúne allí con su maestro Simón Rodríguez y su amigo Fernando Toro, y en su compañía parte por Chambery y Lyon hacia Milán, asistiendo a la coronación de Napoleón como Rey de Italia y a la gran parada militar en la llanura de Montichiari, cerca de Castiglione, presidida por el Emperador.

De Milán pasan a Venecia, Ferrara, Bolonia, Florencia y Perugia, de donde se dirigen a Roma, y allí, en el Monte Sacro, jura consagrar su vida a la causa de la Independencia de la América Hispánica. Había acallado su dolor con nuevas inquietudes, las cuales, por fin, le permitieron conocer el tan buscado camino hacia su destino. El Libertador se proponía a serlo.

Visitan el Vesubio en compañía de Humboldt y Gay-Lussac; y regresan a París en diciembre de 1805, de donde sale en septiembre de 1806 hacia Hamburgo. Desde allí, embarca para los Estados Unidos; llega a este país por Charleston, Carolina del Sur, visitando Washington, Filadelfia, Nueva York y Boston. Finalmente embarca para Venezuela, adonde llega en junio de 1807.

El viudo, había cambiado la desorientación que el dolor y el abandono de sus miras individuales le produjeron, y después de desechar los senderos de la distracción por el predestinado camino de la consagración a la libertad, regresa a Venezuela. Es un Bolívar maduro en el sufrimiento, de recuerdos perennes retraídos a su fuero íntimo; impregnado de mando, ya asomado a la universalidad y definitivamente comprometido con sus ideas.

Y María Teresa se convirtió en "la soledad que le hizo compañía". Ella vivió siempre en su corazón, asomada algunas veces a sus labios o a su pluma. Desde que la conoció hasta que el Señor, misericorde, le concedió la gracia de compartir su "ausencia", la Historia pudo atesorar tiernas reflexiones sobre el amor que lo unió con lo único que realmente quiso para sí, con el "amable hechizo de su alma", dando fe del mismo cuando la deseó, cuando la amó y cuando la recordó.

## PRINCIPALES FUENTES INFORMATIVAS CONSULTADAS

## DOCUMENTOS MANUSCRITOS

Documentos Públicos relativos al matrimonio de María Teresa Rodríguez del Toro y Simón Bolívar.

## FUENTES IMPRESAS

BERMEJO DE CAPDEVILA, MARÍA TERESA, "María Teresa y su familia", *Boletín Histórico de la Fundación John Boulton*, N° 37, Caracas, enero, 1975.

DE LA VÁLGOMA Y DÍAZ VARELA, DALMIRO, *Simón Bolívar y María Teresa del Toro en dos cartas inéditas*, Madrid, 1970.

FUENTES C. RAFAEL L., "El aporte de María Teresa Rodríguez del Toro a la Cronología Histórica del Libertador", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Tomo LIX, N° 234, Caracas, abril-junio, 1976.

FUENTES C., RAFAEL L., "El amable hechizo de Simón Bolívar", *Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela*, 2ª Etapa, Vol. XXXVII, N° 127, Caracas, 28 de octubre de 1980.

FUENTES C., RAFAEL L., *María Teresa de Bolívar*, Edición del Banco Nacional de Ahorro y Préstamo, Belmont Editores, S.R.L., Caracas, 1982.

FUENTES C., RAFAEL L., "La muerte de María Teresa y el nacimiento del héroe" (conferencia), *Revista de la Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina*, Vol. 33, N° 51, Caracas, noviembre, 1984.

GRISANTI, ANGEL, *Bolívar, su idilio y matrimonio en Madrid*, Tipografía Vargas, C. A., Caracas, 1971.

*Itinerario de las Carreras de Posta, de dentro y fuera del Reyno, Orden de su Magestad, en Madrid*, En la Imprenta de Antonio Pérez de Soto, 1761 (Consultado en la Biblioteca de la Dirección General de Carreteras, Ministerio de Obras Públicas, Madrid, España).

ITURRIZA GUILLÉN, CARLOS, *Algunas Familias Caraqueñas*, Talleres de la Escuela Técnica Industrial Salesiana, Caracas, 1967.

LECUNA, VICENTE, *Papeles de Bolívar*, Caracas, 1917.

LECUNA, VICENTE, *Catálogo de errores y calumnias en la Historia de Bolívar*, The Colonial Press Inc., New York, N. Y., 1956.